

Reseña Bibliográfica

BARRERÉ, Jean-Jacques, ROCHE, Christian: *El Estupidiario de los filósofos*. Cátedra, Madrid, 1999, p. 264.

Hay libros muy divertidos y hay libros muy injustos. El que aquí se reseña parece reunir estas poco coincidentes condiciones. La primera invita a su lectura, la segunda más bien repele. Sus autores, Jean-Jacques Barréré y Christian Roche, son franceses, y muestran cierto desenfado que, en sus breves introducciones a las distintas partes de la obra, toca lo idiomático de manera típicamente francesa (¿Para qué la filo?, dicio, etc.).

La traducción, hecha por Carmen García Trevijano, quiere mantener este tono coloquial que, sin embargo, puede llegar a sonar un tanto extraño en castellano, a pesar de su buena intención.

La obra se divide en catorce partes, y lleva al final dieciséis páginas de bien detallada bibliografía, así como un útil índice onomástico.

Desde el punto de vista de la información y de picar la curiosidad al lector, y (quizá) inducirlo a interesarse por la filosofía, puede decirse que es, además de entretenido, un texto útil. Los autores están conscientes de que, siguiendo a Montaigne, cualquiera que se tomara la molestia de hacinar en un legajo de suficiente contextura las gansadas emitidas por la humana filosofía nos colmaría de maravillas (p. 9).

Ese hacinamiento ha sido su intención. No todas las partes del libro se refieren, como lo sugiere el título, a estupideces que han dicho los filósofos, sino a cosas como afirmaciones contradictorias de unos filósofos frente a las de otros, planteamientos absurdos, errores bastante crasos, paradojas, prejuicios, exageraciones, inexactitudes, y una de sus partes menos injustas y que, a mi juicio, queda corta, dedicada a frases y juicios enredados y abstrusos de algunos grandes y pequeños filósofos. Ese es quizá el punto más débil de este oficio de la filosofía.

Por otro lado, es justo decir que muchos de los juicios locos, duros, errados o exagerados que salen en este libro van frecuentemente bajo las mismas firmas: Nietzsche y Schopenhauer son los más citados a este respecto, seguidos de cerca por Jankelevitch, Rousseau, Valery, Hegel y Kant.

Lo que podría parecer más injusto de este libro es que, al sacar algunas afirmaciones de varios pensadores del contexto de sus obras y su pensamiento, fácilmente éstas pueden pasar por absurdas o perogrulladas o simplemente enredadas sin necesidad (lo cual es más posible).

En verdad, es de preguntarse si otros campos de la actividad humana no saldrían reprobados de semejante examen. Si extrapoláramos locuciones de importantes líderes políticos y religiosos, de poetas, de artistas, de músicos, de científicos, y otras personalidades, ¿no encontraríamos también campo abundante para reírnos o azorarnos?

En este respecto, el contexto dice mucho para entender el texto, y también suele suceder que se citen bellas y buenas frases de importantes *malvados* de la fauna humana, en quienes su calidad perversa no les impidió poder decir una buena y acertada frase. Así, podría hacerse un libro de citas memorables dichas por personajes villanescos como Benito Mussolini, José Stalin, Al Capone, Fidel Castro, Adolfo Hitler, Nerón, Stavisky, etc. Una de las mejores citas en este respecto es la de Lord Haw-Haw:

La muerte que un hombre sufre por un medio súbito o por otro le es por lo usual infinitamente más confortable de lo que fue su nacimiento para su madre¹. De tal modo que, así como un filósofo puede decir tonterías, también un tirano o un criminal común pueden tener su momento de afirmaciones profundas y certeras. Ambas cosas caen dentro de lo humano, aunque sean, ciertamente, muy diferentes.

Así pues, este libro despoja a los filósofos de su apariencia respetable, al menos por un rato. Pero sería injusto que ese acto nos hiciera descender a un desprecio de los mismos o a un desdén de la filosofía basado en un muestrario de sus errores.

Después de todo, el error, como cosa equivocada, incorrecta, también nos demuestra en su evidencia como error, que existía la posibilidad de errar menos, de equivocarse menos, y de acceder a una verdad más o menos grande y completa.

La mente que se equivoca, y que sabe que se equivoca, de alguna manera se acerca a la verdad. Nuestros errores, no como filósofos, sino simplemente como humanos, ¿no apuntan a la deficiencia de nuestra misma condición existencial? No encuentro en ello materia de desprecio, ni al intento de preguntar ni al ser que intenta este preguntar. No veo en ello una comedia ni una tragedia, sino la lucha, tan bien simbolizada en los suplicios de Tántalo, Sísifo y Prometeo, por

encontrar caminos y respuestas que son elusivos, pero que vale la pena buscar.

Este libro nos ayuda a reír, a escandalizarnos, a enojarnos, a sorprendernos, pero también nos puede ayudar a comprendernos y a sonreír ante el humor que reúne la tontería humana expresada en muchas de sus mejores declaraciones, esta tontería que puede llegar a alcanzar, en su universal extensión, también a quienes intentan saber por encima de la limitación común. Mirando y leyendo estas citas quizá podamos terminar con una sonrisa; pero también este cúmulo de errores encumbrados nos pueden enseñar a ver más allá de las cosas, a tomar el peso de las mismas por su sentido, y sobre todo, a ser humildes.

Y creo que es una virtud que sigue siendo necesaria y cae muy bien a este oficio de la filosofía.

Luis Vivanco
Universidad del Zulia - Venezuela